



Rossana Reguillo

(coordinadora)

Los jóvenes en México



Índice

Presentación	
Rossana Reguillo	9
<i>Género, clase y etnia. Los modos de ser joven</i>	
Maritza Urteaga Castro-Pozo	15
<i>Las transformaciones en las edades sociales.</i>	
<i>Escuela y mercados de trabajo</i>	
José Antonio Pérez Islas.	52
<i>Desafíos de una relación en crisis.</i>	
<i>Educación y jóvenes mexicanos</i>	
María Herlinda Suárez Zozaya.	90
<i>Los últimos guardianes. Jóvenes rurales e indígenas</i>	
Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara	124
<i>Tecnologías y subjetividades juveniles</i>	
Gabriel Medina	154
<i>Expresiones juveniles en el México contemporáneo.</i>	
<i>Una historia de las disidencias culturales juveniles</i>	
Rogelio Marcial	183
<i>Performatividad. Cuerpos juveniles y violencias sociales</i>	
Alfredo Nateras Domínguez.	225

<i>Afectividad y sexualidad entre los jóvenes. Tres escenarios para la experiencia íntima en el siglo xx</i> María Martha Collignon Goribar y Zeyda Rodríguez Morales	262
<i>Juventudes demediadas. Desigualdad, violencia y criminalización de los jóvenes en México</i> José Manuel Valenzuela	316
<i>Violencias y jóvenes. Enclaves de la masculinidad</i> Juan Carlos Ramírez Rodríguez	350
<i>La condición juvenil en el México contemporáneo. Biografías, incertidumbres y lugares</i> Rossana Reguillo	395
<i>Epílogo. La sociedad mexicana vista desde los jóvenes</i> Néstor García Canclini	430
<i>Anexo. Jóvenes en cifras. Mirada entre siglos</i> Mónica Valdez	445
Notas sobre los autores	465

Performatividad. Cuerpos juveniles y violencias sociales

ALFREDO NATERAS DOMÍNGUEZ

El lenguaje poético impregna el cuerpo como si éste fuera una partícula única, sintética, llena. El poema con su palabra llena, se hace metáfora del cuerpo.

MATOSO (2004, p. 144)

Por el aplastamiento del iniciado bajo la prueba del dolor, se trata de inscribir en el cuerpo la heteronomía de las reglas sociales, su preeminencia implacable y [...] la iniciación exige de los hombres una sumisión muda de su cuerpo a las reglas trascendentes de la comunidad.

LİPOVETSKY (1986, p. 179)

PALABRAS INICIALES

La finalidad de este texto es situar *los contextos*¹ en los cuales se inscriben ciertos rasgos del ámbito educativo y las violencias sociales en las disputas por la creación de las presencias (Díaz,

¹ Actualmente, en el debate en ciencias sociales *los contextos* son una de las claves interpretativas que posibilitan una mejor comprensión de varios acontecimientos a nivel social, político, económico y cultural. En términos amplios, lo vamos a conceptualizar como un espacio geográfico, social y temporal, es decir, histórico. En palabras de la socióloga Laura Loeza: "Es preciso concebir el contexto como espacio geográfico temporal, donde ocurren las interacciones sociales que influyen sobre las actitudes y las percepciones de los individuos" (Loeza, 2008, p. 53).

2002). El eje de análisis será el interjuego entre las decisiones relativas de sí de los jóvenes y el poder de autoridad de los mundos adultos, particularmente en su representación en los espacios escolares, ya sean secundarias, preparatorias o, incluso, universidades.

Haremos varios desplazamientos teóricos desde los discursos en la construcción de las identificaciones y de los cuerpos de la modernidad (rationales, en su materialidad física, fijos y anclados a lo biológico-hereditario), hacia el rediseño de los cuerpos (*en el más allá de la modernidad*, lo que esto signifique), en el intersección del cuerpo y las tecnologías, es decir, lo *cyborg* (organismo cibernético), que cuestiona y trastoca los conceptos clásicos de "sexo", "género" e "identidad", por mencionar tan sólo estos términos.

Asimismo, se ubica a los cuerpos como un continente del *dolor social* que manifiestan algunos jóvenes, tanto hombres como mujeres,² en virtud de una multiplicidad de experiencias y vivencias a las que se están enfrentando en sus asuntos afectivos, de representación de sus identidades *performativas* y *culturas estudiantiles* (*juveniles*) en los espacios públicos (la calle) y privados (la familia), y en sus vínculos intersubjetivos, especialmente con su grupo de pares, en los circuitos escolares.

A partir del dolor social y de lo que el discurso psicoanalítico llama déficit en los procesos de elaboración y simbolización de los sujetos (juveniles, aunque no sólo éstos), algunos jóvenes tienden a tatuarse, a realizarse modificaciones extremas en el cuerpo (incrustaciones de placas metálicas, por ejemplo) y, también, a hacerse cortes "emotivos", particularmente entre integrantes del agrupamiento conocido como "emos".³

² De aquí en adelante utilizaremos el clásico masculino genérico, por lo que todas las menciones en tal género representan siempre a todos(as).

³ Este microgrupo juvenil data, más o menos, de la década de los ochenta, y sus orígenes son esencialmente musicales, provenientes de la escena *hardcore*. Su nombre lo adquieren de *emotional*, es decir, se les denomina emos por lo emocional y su filosofía se basa en la expresión de sus sentimientos y estados de ánimo (melancólicos y depresivos).

A lo largo de este escrito se mostrarán algunos datos (cuantitativos-objetivos), en lo que se refiere a las violencias, y datos (cualitativos-subjetivos) de extractos de entrevistas con varios actores. Se dará la voz a diferentes jóvenes,⁴ así como a ciertos adultos (maestros), respecto de sus percepciones de lo que está implicando la recreación de las identificaciones juveniles *performativas* y las disputas reales/simbólicas por los cuerpos en lo que atañe a su modificación y rediseño.

CONTEXTOS: PLIEGUES Y DESPLIEGUES

Yo soy un chico urbano, soy estudiante de la UNAM, de la licenciatura en ciencias políticas, vivo en una colonia popular de esta ciudad, tengo 23 años, me concibo como un joven, no me defino en algún grupo juvenil como "skato", "cholo" o "reguetonero", trabajo leyendo poesía en los camiones, en las chambitas que salen de repente [...], ya seamos "emos", "punketos", "skatos", lo que sea, todos somos pobres, todos somos jodidos, yo no conozco a ningún rico que sea "emo" o "cholo", o "skato".

Joven urbano, México, D.F.⁵

En lo que corresponde a la historia de la humanidad, hay por lo menos tres articuladores que han marcado las relaciones intersubjetivas con significados específicos en función de la época de la que se trate, la cultura que corresponda, los actores o agrupamientos que se implican y las instituciones que tienden a regular las acciones sociales, a saber: el uso social de drogas, las violencias y la alteración y decoración de los cuerpos. (Curiosamente algunos jóvenes, en nuestras sociedades contemporáneas, están siendo

⁴ Para salvaguardar el anonimato de nuestros informantes clave, se omiten los nombres y apellidos reales.

⁵ Entrevista individual realizada en la Glorieta de Insurgentes, en México, D.F., la mañana del miércoles 26 de marzo de 2008.

protagonistas importantes en lo que atañe precisamente al uso social de sustancias, a ser objetos/sujetos de las violencias y a participar en la transformación de sus cuerpos.)

Digamos que, debido a los acontecimientos que les está tocando vivir y experimentar como jóvenes de finales del siglo xx y principios del xxi, gran parte de ellos se sitúan en los límites o en los umbrales de lo extremo, como, por ejemplo, su necesidad de insertarse en los flujos migratorios como estrategia familiar para la supervivencia material y cultural, o padecer las violencias sociales en los ámbitos de su sociabilidad, como los de la recreación o la familia, o ser discriminados y violentados en los espacios educativos (por mencionar sólo estos indicadores).⁶

En términos amplios podríamos decir que una de las características más acuciantes de la condición juvenil contemporánea (sobre todo en América Latina y el Caribe) es que una parte de ellos está en las fronteras de la exclusión social; es decir, casi fuera de toda posibilidad de insertarse en los circuitos de la educación escolarizada, de tener un empleo digno y bien remunerado,⁷ y de poder acceder al sistema de salud, a los espacios del tiempo libre, a poseer una vivienda respetable y a hacer uso de las tecnologías de comunicación como internet.

Estas situaciones de precariedad generalizada implican que las condiciones materiales y simbólicas de sus existencias van marcando a la mayoría de los jóvenes, ya que están influyendo en sus vidas cotidianas, en los espacios de las sociabilidades, en sus estados de

⁶ México se encuentra en el grupo de naciones más violentas de América Latina (tasa de homicidios de 17.4% por cada 100 000 habitantes en 2004). Con respecto a los hombres jóvenes de 15 a 19 años, el homicidio representa la segunda causa de muerte (13.2%), después de los accidentes automovilísticos (18.3%). Y uno de los lugares de las violencias se ubica en la escuela: el castigo físico aún no se ha prohibido. Véase el *Informe Nacional sobre Violencia y Salud*.

⁷ La *Primera Encuesta Nacional de Juventud 2000*, del Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ), reportaba que en el país había ocho millones de jóvenes que no estudiaban ni trabajaban, jóvenes desinstitucionalizados e invisibles para las políticas públicas que supuestamente tendrían que beneficiarlos.

ánimo, en la expresión de sus afectividades, en sus maneras de participación social y política, y la calidad de sus vínculos con los otros en los planos de las intersubjetividades sociales.

Desde la psicología social y la colectiva podemos caracterizar estas situaciones a través de la teoría del dolor social o dolor colectivo, que se viven en una determinada época y provienen de causas que a todos afectan (aunque de manera diferenciada) y van delineando los rostros, los tonos, los matices y las tesituras de los estados de ánimo colectivos (Arciga y Nateras, 2002).

En lo que atañe a la condición juvenil contemporánea, los factores económicos, políticos, sociales y culturales, en su calidad más abstracta, están influyendo y permeando la construcción de un sentimiento de desesperanza en el ánimo grupal de los sujetos, agrupamientos o adscripciones identitarias juveniles, como esa melancolía colectiva que expresa una parte de los jóvenes de la denominada escena oscura: "darketos" y "góticos", vehiculizada al agregarse o adherirse a las protestas callejeras, por sus apuestas en la producción cultural y artística, o por el diseño de sus vestimentas según una estética de la muerte: maquillajes cadavéricos y color negro en señal de sentirse socialmente muertos en vida.

Uno de los rasgos de la época en que les está tocando vivir y ser jóvenes (desde lugares diferenciados, decíamos) es que afrontan procesos culturales discontinuos; es decir, el sistema social es cada vez más inestable; las instituciones clásicas, como la Iglesia, la familia y la escuela, tienden a debilitarse o borrarse, lo que lleva a una suerte de desintegración lenta y progresiva del orden social en su certidumbre objetiva, como la inestabilidad en lo laboral, que afecta a una cantidad considerable de nuestros jóvenes.

Desde otras fronteras disciplinares (la sociología y la filosofía social) podría definirse esta época como la "era del vacío" (Lipovetsky, 1986), caracterizada como un nuevo marcaje o fase en la historia del individualismo occidental (con matices particulares para el caso de América Latina y México, en tanto que vivimos una modernidad

desregularizada e hiperhibridizada que aún no termina de irse y una posmodernidad como nuevo estado de ánimo de encontrarnos en un mundo que aún no termina de llegar o instalarse).

Lipovetsky habla del proceso de personalización y, desde los discursos de la cultura posmoderna, lo explica como un vector de la ampliación del individualismo. Asimismo, la personalización alude a las sociedades flexibles, al saturamiento de la información, a la estimulación de las necesidades, al culto por lo natural, a la realización de lo personal (a cualquier precio), al respeto por la singularidad subjetiva, al derecho a la libertad, al narcisismo colectivo (o al agrupado con su vanidad pública), a la necesidad de afiliarse con seres idénticos y a la psicologización de lo social.

En términos de la construcción de las adscripciones identitarias performativas o de "culturas juveniles" (Feixa, 1998),⁸ caracterizadas como mundos juveniles, éstos se legitiman en contraposición, o en sus múltiples desmarcajes, respecto de lo no joven, representado en especial por lo que podríamos referir como mundos adultos: las figuras parentales y, por extensión, las de autoridad (aun con toda su deslegitimación creciente).

Estos mundos juveniles se sitúan, en términos generales, en una condición subalterna en relación con lo hegemónico o el poder que tienen y administran los mundos adultos, encarnados, decíamos, por diversos personajes: las figuras parentales (padres y madres); las de autoridad (sacerdotes, maestros), y los miembros de los cuerpos de seguridad del Estado (policías y agrupamientos de élite).

⁸ Carles Feixa, antropólogo catalán, define las culturas juveniles, desde su acepción amplia y restringida, como "la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional. En un sentido más restringido, definen la aparición de 'microsociedades juveniles', con grados significativos de autonomía respecto de las 'instituciones adultas', que se dotan de espacios y tiempos específicos, y que se configuran históricamente en los países occidentales tras la segunda guerra mundial, coincidiendo con grandes procesos de cambio social en el terreno económico, educativo, laboral e ideológico" (Feixa, 1998, p. 60).

Por lo regular, esta confrontación entre los mundos juveniles y adultos da cuenta de los conflictos y las tensiones sociales en su amplificación macrosocial y adquiere la cualidad de ser intergeneracional. Ya la antropóloga estadounidense Margaret Mead (2002), en su trabajo clásico acerca de la construcción social del tiempo generacional, se ha encargado de profundizar en el análisis de tales abismos.

Estas disputas adquieren centralidad abiertamente a través de la gestión de determinadas prácticas sociales y expresiones culturales de algunos jóvenes en el terreno de "lo político" y lo simbólico, es decir, en lo cultural, a través del uso social de drogas en espacios de diversión (antros, bares, discotecas); en el consumo de diversos tipos de música que escuchan o bailan; en la edificación de una estética o estilo juvenil particular; en las significaciones de sus cuerpos, a través de los tatuajes, las perforaciones, las incrustaciones o los cortes, o en las nuevas formas de participación en lo social (agruparse solamente para la protesta callejera).

Uno de los terrenos emergentes, y de gran espectacularidad, que vehiculiza esta confrontación entre los mundos juveniles y los mundos adultos, o las rupturas intergeneracionales, se está dando en los territorios de los cuerpos de los jóvenes y se escenifica particularmente en los pliegues de los espacios privados; es decir, en los ámbitos familiares en su articulación con los despliegues en los espacios públicos, la escuela y lo urbano (o en ciertos sitios propicios donde se tejen las socialidades juveniles; por ejemplo: parques, centros comerciales y complejos deportivos).

En esos territorios se están entablando las disputas reales y simbólicas por las decisiones relativas en sí, entendidas éstas como requerimientos en las construcciones de las adscripciones identificatorias performativas entre los sujetos jóvenes que habitan y son habitados por sus cuerpos y el ejercicio de la autoridad y el autoritarismo de los mundos adultos para controlar, disciplinar y normalizar esos cuerpos juveniles (por ejemplo, en los ejercicios de la sexualidad, el placer y el goce).

*Caja de herramientas teóricas:
en busca de sujetos y cuerpos juveniles*

— ¿Para ti qué es el cuerpo?

— El cuerpo es un medio que nos permite expresar y percibir sensaciones; es como la envoltura de nuestra alma.

Mujer joven, 22 años de edad, estudiante de
diseño gráfico, Durango, México⁹

Entramos a los discursos disciplinares, a las miradas construidas que miran desde un lugar o lugares particulares en la disputa por la imposición de sentidos y significados acerca de las adscripciones identitarias, de las culturas juveniles y de los cuerpos. Todas esas miradas son parciales (incluyendo la nuestra), ya que por mirar desde cierto lugar, se deja de mirar lo otro; son, simplemente, recortes de la realidad en su materialidad objetiva y subjetiva.

Transitaremos rápida y fugazmente por ciertos afluentes de los discursos de la psicología social psicológica, por el psicoanálisis neofreudiano y lacaniano (con todo y su accesorio terapéutico) y por los estudios culturales de género, particularmente en lo que atañe a una parte del discurso feminista estadounidense.

Esta travesía interdisciplinaria parte del discurso psicoanalítico de los cuerpos, el cual se sustenta en la idea o concepto de la "pulsión" como límite (o diríamos, mediación) entre el cuerpo y el psiquismo del sujeto. Es decir, la fuente primera de la pulsión se ubica precisamente en el cuerpo, y ésta se abastece o se sirve de él: "La pulsión es una energía en exceso surgida en el cuerpo como eco de la acción del significante" (Spano, 2005, p. 49).

En sí, la pulsión es un empuje, una energía que viene del interior del sujeto que encamina al organismo (el cuerpo) hacia un fin, por lo que no es algo hereditario o biológico, o un comportamiento fijo e idéntico entre los individuos (Laplanche y Pontalis, 1971).

⁹ Entrevista realizada electrónicamente (vía internet), en dos sesiones, el 7 y 8 de junio de 2008, previo envío de guión.

Lo interesante e importante de esta idea es que la pulsión, al ser diferente del instinto, propio de lo animal, se desmarca de lo natural o de concebir al cuerpo simplemente en el orden de lo biológico, lo físico y lo hereditario. La pulsión entra en el registro de lo humano, de las relaciones sociales con el otro o los otros (los significantes), es decir, se le ingresa en el orden de la cultura.

En este sentido, podríamos decir desde la abstracción teórica que, más que tener o poseer un cuerpo, es el cuerpo el que en realidad nos habita y tiene. Más que preguntar a quién o a quiénes les pertenecen los cuerpos juveniles, sería conveniente interrogarnos en torno a qué cuerpos son los que están habitando a los sujetos jóvenes y, para complejizar aún más la discusión, qué cuerpos habitan a los jóvenes desde su condición de género y cómo la tecnología atraviesa y transforma la materialidad de los cuerpos.

Esto es de suyo significativo, ya que es a través de la construcción de la imagen corporal como se lleva a cabo una representación de las identificaciones juveniles en los distintos espacios privados y públicos. En tal sentido, el cuerpo puede considerarse como una metáfora, un territorio en escena y en escenificación: "Es imposible hablar del cuerpo desde otro lugar que no sea la metáfora y esta metáfora arranca [...] a partir del territorio universal que habitamos" (Matoso, 2004, p. 43).

Si el cuerpo es un territorio y un espacio habitados, entonces interesa situarlo también como un lenguaje o una discursividad; es decir, el cuerpo habla y es una especie de mapa susceptible de lectura e interpretación por su valor heurístico. Pensemos e imaginemos lo que desean comunicar los cuerpos en lo que atañe a las adscripciones identitarias juveniles de que se trate: las culturas estudiantiles —por ejemplo, alumnos de preparatoria pública que habitan los espacios educativos—, y el diseño de sus estéticas corporales, el cual los diferencia de otros sujetos jóvenes, de otras grupalidades juveniles y, sustancialmente, de los mundos adultos. De ahí que la imagen corporal sea una prioridad en la creación de sus presencias performativas como jóvenes (Díaz, 2002).

El cuerpo es una representación en tanto que quien lo habita, y al ser habitado por éste, construye una imagen; al mismo tiempo, quien mira o quienes miran esos cuerpos —el otro o los otros— construyen una percepción social (actitudes, opiniones) de esos cuerpos, lo que articula el marcaje con respecto al tono y matiz de las relaciones sociales que se establecen entre los sujetos, a nivel tanto de lo objetivo como de lo subjetivo.

En tanto que habita y es habitado por un espacio territorial, el cuerpo es también, en términos de lo genérico humano, un esquema (una geografía) distinto de la imagen, ya que ésta se circunscribe, como lo hemos mencionado, en lo propio, ligada al sujeto y a su historia o biografía individual construida socialmente.

Como ya dijimos, los cuerpos, y en especial los que habitan a los sujetos juveniles agrupados y adscritos a algunas configuraciones identitarias, constituyen un lenguaje; su riqueza discursiva es vasta y diferenciada. Vasta, en tanto carga sobre determinadas zonas del cuerpo, y diferenciada en lo que atañe a los géneros (por ejemplo, cuando se inscriben en los cuerpos iconografías a través de tatuajes, éstos van a estar influidos por el género al que se pertenece, lo cual determinará el lugar del cuerpo que se dibuje e incluso el tamaño y el tipo específico de imagen que se elija).

Así, en estos cuerpos y sus imágenes, anclados y sujetos, se dramatizan o se ponen en escena, y en el escenario, las historias sociales y las vicisitudes de las vidas cotidianas de los sujetos juveniles que los habitan. Esto permite que en los cuerpos se puedan mirar los resquebrajamiento de una sociedad o de nuestras sociedades contemporáneas, que tienden cada vez más a la desestructuración, lo cual repercute de alguna forma en los vínculos que se establecen con los cuerpos, que estarían infiltrados o poseídos por la disociación y la desestructuración social.

En clave metafórica podríamos sostener que lo social es un cuerpo (a veces sufriente y sufrido). Las violencias que lo atraviesan constituyen uno de los procesos sociohistóricos más significativos del momento actual, en el que los jóvenes son protagonistas importantes, ya como victimarios o como víctimas. En

este sentido, habría que preguntar también por los lugares que ocupan los jóvenes en esas cualidades y resquicios de nuestras sociedades actuales.

Sabemos que uno de los quehaceres educativos consiste en transformar al “buen salvaje” en un sujeto civilizado y a los cuerpos en un sujeto-sujetado, por lo que habría que reflexionar, en términos generales, acerca de lo que acontece con los cuerpos juveniles en los espacios educativos, por ejemplo en el nivel de secundaria y preparatoria, sean públicas o privadas, respecto de las disputas simbólicas en la creación identitaria de las presencias juveniles.

Los cuerpos son también articuladores culturales; están regulados socialmente por la cultura: son un nodo hermenéutico en busca de un sujeto. Identifican y diferencian. Bajo esta lógica, el cuerpo, en cierto sentido, puede ser “un objeto” construido por un sujeto “epistémico”: “El cuerpo es malestar en la cultura [...] porque el cuerpo se resiste a ser natural, porque el instinto es en realidad pulsión, porque la individualidad es ese extraño nudo comunicacional que busca un sujeto que la exprese” (Cullen, 1991, p. 65).

Hagamos rápidamente un desplazamiento y viraje de trayectorias interdisciplinarias, en la discusión teórica y metodológica, hacia los estudios de género con enfoque feminista. Quizás una de las autoras más sólidas en su reflexión teórica, más contundente, compleja y penetrante en sus juicios, y con un ejercicio crítico y autocrítico lúcido, es la estadounidense Judith Butler. Aquí nos interesa movernos en el interior de la armazón de algunos de sus conceptos clave: el “sexo”, la “performatividad” y el “cuerpo”.

Como texto y contexto anecdótico, en algún momento del debate respecto de la sexualidad, una de las críticas que se hacían en relación con la propuesta metateórica de Sigmund Freud era que éste explicaba siempre el psiquismo (su constitución) y las conductas de los sujetos en función de la sexualidad.¹⁰ Antes que centrar-

¹⁰ Hay que recordar que, para Freud, la sexualidad no se reduce a la genitalidad (es decir, al acto del sexo), sino que alude principalmente a todas aquellas acciones del sujeto que están alejadas de la autoconservación y se desplazan hacia la búsqueda del placer (o del goce, como dirían los lacanianos).

nos en las vicisitudes de aquella discusión, quizá podríamos decir ahora que, en todo caso, no todo es sexual en la acción de los sujetos, pero en toda acción hay algo de sexualidad.

Un siglo después, y desde los discursos de una parte de la sociología, la antropología y la psicología social, se sostiene que el sujeto (y por extensión, el cuerpo y las identificaciones) es una construcción sociocultural, por lo que pareciera ser que nuevamente se recarga o satura el concepto e implícitamente se alude a una totalidad. Sin embargo, y parafraseando quizás también ahora esa anécdota intelectual, sería válido asentar que no todo es construcción o está construido, aunque en todo debe haber algo de construcción.

Judith Butler (2002) manifiesta que considerar al cuerpo como algo construido implicaría resituar la significación de la construcción misma; es decir, los cuerpos emergen a partir de las limitantes que producen determinados esquemas reguladores como una tendencia generalizadora. Por tanto, podemos expresar válidamente que los cuerpos de algún modo sí son algo construido.

Para la autora, el sexo funciona como esa norma y práctica reguladora que produce esos cuerpos que posee y gobierna, y que es en su materialidad donde se miran los impactos del poder que los produce; de tal suerte que, así como el cuerpo (teóricamente) no es algo que uno tiene o que uno posee, tampoco el sexo es algo que uno tiene o que uno posee, sino que el cuerpo como el sexo son una posibilidad de ser, paradójicamente, a partir de un inevitable: lo normalizado y lo producido (que se ritualiza).

Ese margen en la construcción de los cuerpos, o en las identificaciones, se verifica en un tiempo histórico y en un espacio definido. Por ejemplo, los rasgos en la construcción de las identificaciones y los cuerpos del agrupamiento de los jóvenes emos hablan de la hiperhibridización de sus estéticas, de las ambigüedades en las constituciones de las identificaciones, o de la infantilización en sus expresiones culturales, características que fácilmente se pueden aplicar a las cualidades de nuestras sociedades contemporáneas.

Respecto a la performatividad, hay algunas características que es importante señalar. No se trata de un acto independiente del sujeto, ya que inevitablemente se está normalizando y, además, adquiere la cualidad de ser una reiteración de la norma, una especie de ritualización en tanto su repetición, y no es sólo o primariamente una teatralidad. En palabras de la autora:

la performatividad debe entenderse, no como un "acto" singular y deliberado, sino, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra. Lo que [...] quedará claramente manifiesto en lo que sigue es que las normas reguladoras del "sexo" obran de una manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos [...] para materializar el sexo del cuerpo... [Butler, 2002, p. 18].

Esto obliga a reiterar que el sujeto, o los sujetos —en este caso los jóvenes, en lo que corresponde al diseño de sus estéticas corporales o a la construcción de sus identificaciones grupales—, no están regidos por su simple deseo o voluntad ni tampoco alejados de las normas que los regulan precisamente en sus acciones sociales y sus expresiones en el orden de la cultura.

Aun así, a fin de no convalidar una postura estructural determinista de cualquier signo o tendencia, también vale decir y reiterar que hay cierto margen de decisión propia de los sujetos en relación con las posibilidades de ser habitados por un determinado tipo de cuerpo, o por ciertos emblemas y accesorios culturales, en la edificación de las identificaciones juveniles. Esos resquicios de la "libertad" en la acción social tienen que contemplarse a la luz de la incorporación o apropiación de las leyes sociales que regulan las construcciones identificatorias y, por consiguiente, las edificaciones de los cuerpos de los jóvenes.

Al respecto, la siguiente aseveración de Judith Butler es contundente:

la acción denotada por la performatividad del "sexo" estará directamente en contra de cualquier noción de sujeto voluntarista que

existe de manera absolutamente independiente de las normas reguladoras a las que se opone. La paradoja de la sujeción [...] es precisamente que el sujeto que habría de oponerse a tales normas ha sido habilitado, si no ya producido, por esas mismas normas. Aunque esta restricción constitutiva no niega la posibilidad de la acción, la reduce a una práctica reiterativa o rearticuladora inmanente al poder y no la considera como una relación de oposición externa al poder" (*ibid.*, p. 38).

A partir de los anteriores argumentos, podríamos decir que las disputas reales (lo material objetivo) y las simbólicas (las subjetividades sociales) en torno a la construcción de las identificaciones identitarias juveniles y al diseño específico de un estilo o facha corporal, se dan dentro del poder, que es el que instituye o produce precisamente esas identificaciones y esos cuerpos, por muy alternos que parezcan o se manifiesten incluso en la intersección con las tecnologías del cuerpo (lo *cyber*).

En este interjuego en que se asume que no todo es construido en la acción social de los sujetos, aunque en todas esas prácticas sociales hay algo de construcción, la puesta en escena que nos interesa se da en términos generales entre los ámbitos juveniles y los adultos, teniendo como territorios de disputa precisamente los cuerpos de esos jóvenes en un escenario social y público concreto, como lo son los espacios escolares.

Consideramos que estas disputas violentan permanentemente las relaciones sociales entre ambos mundos (juveniles y adultos), donde se despliegan los mecanismos de poder y de autoritarismo de una parte de esos mundos adultos (padres de familia, profesores, tutores, orientadores vocacionales); de ahí que las violencias tienen trayectoria y van dirigidas contra las decisiones relativas propias con respecto de los actos en y con los cuerpos que una parte de los mundos juveniles llevan a cabo al alterarse y modificarse (vía los tatuajes, las perforaciones, los implantes, las incrustaciones y los cortes; es decir, en el despliegue de las tecnologías del cuerpo).

Ámbitos sociales y escolares: escenarios de las violencias

—¿Qué te dice tu familia de que eres emo? —[...] no están de acuerdo con mi estilo, ni con mis pensamientos; [...] llegas a un lugar y te tachan de "gay", de depresivo, y la neta, pues homosexual no soy y muchos no lo son... ¿y si fuera qué? [...] nos tienen rencor, no les hemos hecho nada, absolutamente nada y hasta la gente normal, o sea los equis, se unen a los demás, a los punks, a los cholos y nos quieren golpear; a mí me discriminan mis compañeros y algunos me avientan así de cosas y de todo, pero yo no los tomo en cuenta, pero como tengo otros amigos emos en la prepa, pues me junto con ellos y ya.

Joven emo, 16 años de edad, estudiante de prepa 6, UNAM¹¹

Uno de los estados de ánimo colectivos que cada vez se hacen más visibles y patentes en nuestra sociedad (aunque no solamente en ella) es la alarma y preocupación por las violencias sociales, en tanto que su estallido (o estallamiento) y desbordamiento real son patentes en una gran diversidad de espacios privados (la familia, por ejemplo)¹² o públicos (como ciudades y escuelas).¹³ Mientras la recreación mediática hipersatura al público de imágenes y

¹¹ Entrevista grupal realizada en la Glorieta de Insurgentes, México, D.F., el miércoles 24 de marzo de 2008.

¹² La *Encuesta Nacional sobre Violencia Intrafamiliar (ENVI)* reporta que uno de cada tres hogares del área metropolitana de la ciudad de México padece algún tipo de violencia. El ejercicio de ésta se da con mayor frecuencia en los hogares con jefatura masculina, en 32.5%, frente a 22% cuando la mujer es quien dirige la casa (INEGI, 1999).

¹³ Con base en una encuesta realizada de manera paralela a las elecciones federales y legislativas en 2000, se exploró la percepción de la violencia entre niños y niñas, con datos muy reveladores. En la encuesta de 2000 participaron cuatro millones de niños y niñas entre 6 y 17 años; en el grupo de edad de 10 a 13 años, 12% (ámbito rural) y 9% (urbano) eran tratados con violencia en su familia, y 15% (ámbito rural) y 12% (urbano) en sus escuelas (*Informe Nacional sobre Violencia y Salud*, 2006).

noticias, la percepción social de inseguridad y miedo va en aumento, no necesariamente en correlación directa con los sucesos o hechos de violencia reales.

Las violencias sociales se caracterizan, como el ejercicio del poder, por la intención de someter, doblegar o hacer daño (físico y emocional) a determinados sujetos, agrupamientos o sectores sociales específicos, contra su voluntad o anuencia.

Estas violencias adquieren varios rostros (como si fuesen muñecas rusas), ya que van mutando, tanto en lo que hace a las formas, los matices y las tesituras, como a los sujetos (adultos, en especial) que las vehiculizan o ejercen en múltiples tiempos y espacios específicos.

Las violencias son sociales en tanto edificadas a partir de los vínculos de poder que se establecen entre las instituciones y los sujetos, por ejemplo, entre escuela y alumnos, entre agrupamientos distintos o entre miembros de uno solo (emos y "antiemos"; cholos contra cholos, maras contra maras,¹⁴ estudiantes contra estudiantes, o alumnos contra maestros).

La escuela, en tanto institución, así como la Iglesia y el ejército, tienden a ser espacios antidemocráticos, ya que los sujetos sociales que los habitan (alumnos, feligresía y soldados, respectivamente) son por lo regular borrados y pasados por alto a la hora de tomar decisiones y, por consiguiente, no existen en su cualidad de interlocutores válidos y confiables.

Los ámbitos escolares arrastran y existen con la contradicción en su esencia y existencia por el hecho de que fueron creados con la intención y la finalidad de disciplinar, normalizar y controlar las conductas y los comportamientos de los incipientes sujetos sociales —los niños, los adolescentes y los jóvenes estudiantes— a través del ejercicio del control y de las violencias, tanto físicas (objetivas: golpear a los alumnos) como simbólicas (subjetivas: descalificar o poner en ridículo). ¿Cómo no recordar aquella máxima pedagógica (o didáctica) —a partir de la cual se armaron los dispositivos educativos

¹⁴ Los interesados en el asunto de los sujetos transnacionales, especialmente los agrupamientos de los denominados "maras y sus mareros", pueden consultar el texto de Valenzuela *et al.*, 2007.

que marcaron las relaciones sociales entre profesores y alumnos—, anunciada con orgullo como: "¡la letra con sangre entra!"?

Se tienen indicios y evidencia empírica de ciertas fracturas graves que tienden a desbordarse y que están definiendo la calidad de los vínculos sociales al interior de las aulas, por ejemplo en el incremento de la indisciplina y, más delicado aún, la multiplicación de las violencias que implican a toda la comunidad escolar; los maestros, los alumnos y las autoridades. Es la indisciplina la que más se ha tratado, atendido e investigado; sin embargo, parece ser que ahora está resultando un asunto menor, en comparación, decíamos, con las violencias manifestadas.

Reiteramos que estas situaciones de violencias en los ámbitos escolares cotidianos son delineadas, construidas y expresadas en las diferentes combinaciones sociales de los vínculos establecidos entre los alumnos, entre alumnos y maestros y entre maestros.

Lo que más aparece en los espacios de las escuelas es lo que se vincula con el "porrismo",¹⁵ los actos de indisciplina que en la mayoría de los casos se confunden con violencias sin serlo; la intimidación y acosos entre los alumnos; las agresiones físicas y simbólicas ya sea de los alumnos hacia sus maestros, o de los profesores hacia sus alumnos; el consumo de drogas, y la presencia de agrupamientos externos inscritos en prácticas ilegales que han penetrado y se han infiltrado en las escuelas. El siguiente testimonio de dos profesores resulta elocuente: "hay acciones que los alumnos cometen que colindan con la delincuencia o implican un daño grave a los demás; por ejemplo, robos, herir a los compañeros, dañar las propiedades de los maestros, consumo y venta de drogas en las escuelas y asesinatos de compañeros" (Furlán *et al.*, 2004, p. 18).

¹⁵ Sin duda, el porrismo (a nivel de preparatorias y universidades del país) es uno de los problemas más graves del sistema educativo mexicano. Sus orígenes datan de finales de los sesenta y principios de los setenta, con la creación de las federaciones de estudiantes que son posteriormente cooptadas y protegidas por las autoridades de las escuelas y del gobierno para controlar y desmovilizar la participación social y política de los estudiantes (Ordorika, 2008). El "porrismo" entonces se teje en la relación de violencias, centros educativos y sistema político mexicano.

Más que centrar la explicación e interpretación de las violencias a partir de los sujetos juveniles como los causantes y únicos responsables de éstas, y a fin de no individualizar lo social, ni desocializar lo individual, habría que situar las violencias en relación con los contextos sociales, políticos, económicos y culturales en los que está inserta la escuela y, también, el lugar en el que se colocan y juegan esos jóvenes como sujetos y objetos de las violencias. Escuchemos de nueva cuenta las voces desde el lugar de la docencia: "(...) a escala social, cotidianamente los niños y adolescentes son expuestos a la violencia mediática, a videojuegos violentos, a prácticas escolares de exclusión y discriminación o a ideologías de logro que aplastan a los individuos menos capaces" (*ibid.*, p. 19).

A lo difícil del sistema educativo nacional hay que añadir el conservadurismo de la sociedad mexicana y las particulares relaciones sociales que se están construyendo. Actualmente atravesamos por uno de los periodos más complejos como país: tensiones y conflictos por doquier; descontento y malestar social; movilizaciones y apropiación de la calle en son de protesta; demanda de mayores espacios de participación social/política; ineficacia en la procuración e impartición de justicia, y brecha entre los que acceden a mejores condiciones materiales/simbólicas de vida y los que sólo pueden sobrevivir.

Estas situaciones están ocasionando, en términos reales y objetivos, un deterioro creciente en el tejido social y una fractura en los vínculos entre los sujetos sociales, las instituciones, los agrupamientos y las comunidades. Por ejemplo, la violencia generada por la guerra contra el narcotráfico (una batalla perdida, en la que nadie gana) no sólo ha ensangrentado al país, sino que está perforando el Estado y sus instituciones, apropiándose de los espacios educativos a través de su estrategia de infiltrar la droga (el narcomenudeo) y de atraer a sus filas a nuevos sujetos y actores: los jóvenes que, por el deslumbramiento de las ganancias económicas, la adquisición de prestigio social, aunados a la carencia no sólo material que padecen, sino también simbólica ("déficit" en su reconocimiento o en su respeto como jóvenes), se involucran en él, a pesar de los riesgos que implica para su integridad física y emocional.

Por otro lado, los usos sociales de sustancias tanto legales (alcohol, tabaco) como ilegales (marihuana, cocaína, éxtasis, piedra) por parte de estudiantes jóvenes, en las escuelas, los lugares de entretenimiento (fiestas, antros, discotecas) y en espacios públicos (parques, centros deportivos y la calle), se suman a la miopía de las autoridades, que tienden a criminalizar estas prácticas sociales y expresiones culturales. Paradójicamente, el gran problema para una parte de nuestros jóvenes, en relación con el uso social o el consumo de sustancias, no son las drogas ilegales, sino las legales, ya que la primera causa de muerte entre los jóvenes (más en hombres que en mujeres) son los accidentes automovilísticos asociados con el consumo de bebidas embriagantes, de tal suerte que la pregunta rigurosa, entre otras, sería: ¿por qué los mundos adultos y las instituciones se preocupan tanto por el consumo de drogas entre sus jóvenes y, en cambio, minimizan su alarma ante el uso desmedido del alcohol?

Quizás una respuesta provisional, a manera de hipótesis interpretativa, se encuentre en los valores simbólicos que una parte de los jóvenes usuarios construyen y otorgan al consumo de la marihuana o la cocaína; accesorios o emblemas culturales que se inscriben como contenido en la construcción de las adscripciones identitarias juveniles de que se trate y que entran en la disputa por su representación o creación de presencia confrontándose con los mundos adultos y sus particulares normas y valores.

Es en la escuela, uno de los ámbitos privilegiados, donde se construyen, se recrean y se hace una especie de *performance* de las adscripciones identitarias juveniles, y donde el rediseño de los cuerpos y su puesta en escena en el espacio educativo cobran gran importancia en las disputas por la representación simbólica de las identificaciones con respecto a otras identificaciones juveniles e, incluso, en relación con la sanción ante las "miradas" de los mundos adultos, específicamente las de los maestros y las autoridades escolares.

Esta recreación que llevan a cabo los sujetos juveniles y los agrupamientos en los que están afiliados o adscritos, a través de sus acciones sociales y manifestaciones culturales, ha generado y

está gestionando algo de lo que incipientemente podríamos denominar *culturas estudiantiles*.

En múltiples sentidos, es imprescindible tratar de comprender, por ejemplo, ¿cómo se juega el ejercicio de las violencias de ciertos jóvenes en su construcción identitaria?, ¿qué sitio ocupa en la disputa por la creación de la presencia el rediseño de una particular forma de ser *cuerpo*?, ¿qué lugares se juegan, en el uso de sustancias ilegales, para la conformación de las adscripciones identitarias en la gestión de la *cultura estudiantil*?

Siguiendo una lógica metodológica, debemos explorar los contenidos de las subjetividades sociales de los actores juveniles que habitan y son habitados por los espacios escolares; es decir, es importante reconstruir esos sentidos y significados de vivencias con respecto a ser sujetos y objetos de violencias, y por ejemplo, preguntar: ¿cómo se sienten y qué piensan los jóvenes que son violentados por algunos de sus profesores por llevar en sus cuerpos un tatuaje o alguna perforación, o que han sido sorprendidos consumiendo alguna sustancia ilegal?

Al mismo tiempo, habría que indagar en las "miradas" de los profesores y las autoridades escolares y preguntarles acerca de su percepción, con respecto a su vivencia con sus jóvenes, de las prácticas sociales que éstos llevan a cabo y las expresiones culturales que escenifican en los espacios escolares, como pintar o "rayar" los muros y las paredes, o apropiarse de las explanadas para tocar música o patinar.

Entre los pocos estudios cuantitativos que se han realizado y explorado recientemente a nivel de las percepciones de los jóvenes respecto de la escuela, está la *ENJ* 2005.¹⁶ Los datos son muy reveladores de lo que hemos venido analizando. Llama la atención que la percepción social respecto de los problemas que acontecen en la escuela tiene un porcentaje bajo (75% de la población escolar dice que son pocos o que no los hay, mientras que el restante 25% manifiesta que hay "muchos" o "algo").

¹⁶ El instrumento se aplicó entre noviembre de 2005 y febrero de 2006. Se encuestaron jóvenes en edades comprendidas entre los 12 y 29 años que estuviesen viviendo en el hogar.

Entre las problemáticas que más se señalan o destacan están: la violencia entre compañeros, con 26.9%; según la colonia donde se ubica el plantel, 25.3%, y según la inseguridad y delincuencia, 24.2%; es decir, la percepción social se construye particularmente afuera de la escuela, en sus contextos y entornos. La percepción de la violencia de los maestros hacia los alumnos tiene el porcentaje más bajo, entre 10 y 11 por ciento.

Un dato interesante es que la percepción social de los problemas escolares aumenta cuando los jóvenes ya egresaron de la escuela; además, en términos generales, es más alta entre los hombres que entre las mujeres. Incluso la jerarquización sufre una variación: en la escuela los problemas percibidos, en primer lugar, tienen que ver con las violencias entre compañeros y, en segundo, con la inseguridad y la delincuencia, mientras que, fuera de la escuela, la inseguridad y la delincuencia se señalan en primer lugar, seguidas de las violencias en la colonia donde se asienta el inmueble escolar.

Las consideraciones que sobresalen son que la problemática que se percibe más fuerte se sitúa en el tejido de las relaciones y los vínculos entre los alumnos dentro de los centros educativos, seguida de la percepción social de la inseguridad pública en el entorno en que se ubica geográfica y socialmente la escuela.

Cruzando estos datos con otros estudios, más a nivel de lo cualitativo (Velázquez, 2004), sobresalen ciertas claves interpretativas y comprensivas: parecería que las relaciones y los vínculos intersubjetivos de las violencias que se construyen entre los alumnos adquieren múltiples rostros: el acoso, el maltrato (físico y emocional), la intimidación, el hostigamiento y las amenazas, que dan cuenta del ejercicio del poder asimétrico de unos con respecto a otros.

Esto puede implicar, entre otras cosas, que el acoso, la intimidación y el hostigamiento se convierten en una práctica común, o un ingrediente de la cultura escolar, y una estrategia o dispositivo en la construcción de las masculinidades ("machines"), ya que precisamente son los hombres jóvenes los que más expuestos están como sujetos y objetos a esas violencias, probablemente presionados socialmente para comportarse como tales.

Otra investigación reciente, la *Primera Encuesta Nacional: Exclusión, Intolerancia y Violencia en Escuelas Públicas de Educación Media Superior*,¹⁷ da cuenta de las actitudes y estados de ánimo de los estudiantes encuestados. Por ejemplo, a la pregunta acerca de a quiénes no les gustaría tener como compañeros en la escuela, 54% refiere a los enfermos de sida, 52% a los no heterosexuales, 51% a los de capacidades diferentes y 47.7% a los indígenas. Quizás estas cifras ratifiquen que estamos ante la confirmación de una sociedad, en términos generales, muy conservadora (incluyendo a algunos jóvenes) y, además, discriminatoria de minorías étnicas (los indígenas), de orientaciones sexuales diferentes (los no heterosexuales) y de enfermos (de sida) o de capacidades diferentes; es decir, la dificultad de reconocer culturalmente a los otros como diferentes, en lo que atañe a sus condiciones de vida y a prácticas sociales diferenciadas.

Ahora, en cuanto a la percepción social de la violencia, en este estudio 16.3% de los jóvenes encuestados la considera parte de la naturaleza humana; la justifican cuando alguien te quita algo, 16%, y cuando los hombres golpean a las mujeres por instinto, 13%. Pese a que estos porcentajes son bajos, llama la atención que las imágenes que se tienen de las violencias son muy naturalizadas, biológicas y, casi podríamos decir, fijas o hereditarias en los tiempos y los espacios sociales. Cuando se les pregunta su opinión acerca del ejercicio de las violencias, las cifras de igual manera son muy bajas y queda la impresión de que no se convalida la violencia. Veamos: a la aseveración de que "cuando a una mujer la agrede su marido es por su culpa", 10.9% dice que está de acuerdo; 9.6% considera correcto golpear a alguien cuando te ofende, y 9.6% afirma que es correcto amenazar a las personas para demostrar que uno es enérgico.

Los datos o las cifras más interesantes son los que tienen que ver con las violencias que se construyen en las relaciones sociales dentro de las escuelas, donde varios jóvenes son protagonistas de

¹⁷ La aplicación la llevó a cabo el Instituto Nacional de Salud Pública en 2007. Se encuestaron 13 104 estudiantes de 15 a 19 años de educación media superior (preparatoria/bachillerato) de los subsistemas federales, estatales y autónomos.

las mismas. Veamos las cifras: 44.6% de los hombres ha insultado, frente a 26.2% en el caso de las mujeres; 40.4% de los hombres ha ignorado, mientras que afirman haberlo hecho 43.5% de las mujeres; 39.3% de los hombres ha puesto apodosos ofensivos, frente a 18.5% de las mujeres, y, con las cifras más bajas, 14.9% de los hombres ha golpeado, en tanto que sólo 6.6% de las mujeres lo ha hecho.

Comparando estas cifras con las anteriores encuestas y estudios, es claro que la condición de género, en el caso de los hombres, es una de las situaciones que probablemente se vinculan con las exigencias culturales de mostrar hombría y arrojo, y que, antes que nada, se trata de una estrategia de las masculinidades en los procesos de la construcción identitaria de lo juvenil en correspondencia con la cultura estudiantil.

En relación con los sujetos jóvenes que han padecido las violencias, es decir, aquellos que han sido objeto de las mismas, las cifras tienden a aumentar: a 44.3% de los estudiantes hombres los han insultado, frente a 23% en el caso de las mujeres; 41.4% de los hombres son llamados por apodosos ofensivos, mientras que en el caso de las mujeres el porcentaje es de 20.7%; y 42.3% de los hombres son ignorados, frente a 41.4% de las mujeres.

Este tipo de violencias pueden catalogarse como simbólicas, ya que tienen que ver con las vivencias, las percepciones y las subjetividades sociales de los jóvenes implicados. Asimismo, una de sus características es que la violencia se manifiesta a través de lo verbal y, en ese sentido, habla de cierto maltrato al otro, a nivel de lo psíquico, lo emocional y lo social.

Todos estos datos objetivos dan cuenta de las relaciones de violencias al interior de los ámbitos educativos y, en particular, de los vínculos asimétricos de poder que se establecen y se escenifican con mayor intensidad entre los hombres jóvenes. Queda claro entonces que la condición de género de lo masculino es una clave importante tanto para la investigación como para todos aquellos programas de intervención cuyo uso se contemple. Asimismo, es importante reiterar que la comprensión de estas violencias demanda que se las articule con las violencias sociales más amplias, a fin

de alejarnos de las explicaciones reduccionistas que atribuyen a los jóvenes un protagonismo problemático como sujetos ejecutores.

Citando datos de la misma encuesta sobre exclusión, intolerancia y violencia, en relación con el entorno social y familiar como indicador importante en la influencia de los ambientes sociales y culturales en la construcción de los comportamientos o las expresiones de violencias de los sujetos sociales, como en el caso de los jóvenes de los centros escolares, se obtiene lo siguiente: 59% de los jóvenes dicen ser "muy criticados(as) en casa" y a 84.9% los ponen muy nerviosos varias cosas; a 58.5% se le dificulta hacer amigos(as) y 72% se sienten muy nerviosos; se asustan con facilidad 62.9% y 65.6% se ponen muy nerviosos cuando los mayores les dicen algo. En lo que atañe al espacio familiar, aparecen cifras muy reveladoras: 61% comentan que nunca se llevan bien con sus padres; 58.6% dicen que nunca se les hace caso cuando desean comunicarse, y 49.9% nunca cuentan sus problemas a los padres.

*Cyber actos en y con los cuerpos juveniles:
tatuajes y modificaciones extremas*

Los jóvenes son dóciles y moldeables [...] de dos a tres años se ha incrementado el tatuaje y piercing [...] los alumnos de automotriz se presentan más desordenados [...] Algunos profesores le piden al alumno que no los use, otros los regañan y hacen abuso de su poder para retirarlos. Después de poner normas y avisar a los padres de familia aceptan pero [...] el padre de familia no se involucra. En el reglamento no dice nada.

Profesores del Conalep, sur de la ciudad de México¹⁸

Se ha señalado ya que uno de los articuladores culturales que han marcado las expresiones de los seres humanos es la construcción

¹⁸ Extracto de grupo de reflexión llevado a cabo con profesores del nivel medio superior del país, a finales de noviembre de 2007.

de significaciones múltiples en sus cuerpos, lo que constituye una gramática. Una gramática que puede reconocerse a través de la alteración y decoración con varias tecnologías, como los tatuajes (inyección de tinta debajo de la piel); las incrustaciones —microcirugías— de metales, piedras preciosas y otros materiales; las expansiones, especialmente de las orejas, la boca, los labios y los pechos, con metales u objetos naturales —puntas de maguey, jade, maderas—; escarificaciones o decoración a base de relieves; el *branding*, a base de quemaduras de la piel con metales, y las modificaciones extremas, que implican una transformación del cuerpo para acercarlo a la imagen de las máquinas o la robótica: placas metálicas en la cabeza y los brazos, o la simulación de protuberancias o extensiones corporales.¹⁹

Situare la construcción de estos cuerpos en los sectores juveniles y, en lo que atañe a nuestras sociedades contemporáneas complejas, en una modernidad tardía y una posmodernidad que no termina de llegar, que se ligan a los dispositivos donde se intersecan o articulan las tecnologías con la materialidad real y simbólica de los cuerpos, es decir, lo *cyborg*.²⁰

Me interesa problematizar la disputa por la representación de los cuerpos juveniles que se ponen en escena o se despliegan en los ámbitos escolares y mostrar los mecanismos del ejercicio del poder vía las violencias reales y simbólicas que se están dando y ejerciendo por una parte de los mundos adultos (profesores y autoridades escolares), en contra precisamente de esos jóvenes, de sus particulares diseños y posibilidades de ser cuerpos en las lógicas de las decisiones relativas a sí mismos.

Al mismo tiempo, y de manera colateral, me acercaré a determinadas vivencias sociales de algunos jóvenes en lo que atañe a los

¹⁹ Puede consultarse el libro que con objetivos didácticos escribí principalmente para los jóvenes, para tranquilizar a los padres de familia y para la comprensión de los maestros, sobre lo que significan e implican las alteraciones y modificaciones corporales en el momento actual (Nateras, 2007).

²⁰ Al respecto, el lector interesado puede consultar el texto de culto de Donna J. Haraway (1991) y otros autores circunscritos en lo que se ha dado en llamar la cibercultura; Teresa Aguilar (2008) y Martín Mora (2007), por ejemplo.

vínculos afectivos que mantienen con sus compañeros al interior de las escuelas y las estrategias de las que echan mano. Situaciones de vida que los complican, *dolores sociales* por vivir lo que están viviendo. Como recursos de elaboración psíquica, algunos jóvenes se están realizando tatuajes, inscripciones o cortes en sus cuerpos; especialmente entre los miembros del agrupamiento conocido como los emos.

En esos resquicios, pliegues y despliegues donde se da cabida a lo construido de los cuerpos y a las propias decisiones; en la puesta en escena de las adscripciones identitarias juveniles (su performatividad) con sus accesorios y emblemas culturales anclados a sus cuerpos, es donde se activan, en las escuelas, conflictos y tensiones en las relaciones cotidianas entre los maestros, las autoridades educativas y los alumnos, particularmente por los tatuajes y las perforaciones corporales que traen inscritos en sus pieles y carnes.

Las tensiones y contradicciones se juegan en los momentos en los que, desde esos mundos adultos, tanto profesores como autoridades escolares tratan de imponer y controlar las conductas y particulares maneras en que sus jóvenes construyen sus identificaciones juveniles y sus estéticas corporales.

Desde lo instrumental y pragmático (sustentado en un aparente valor didáctico), en el imaginario de una parte de esas autoridades, éstas creen que los alumnos son de su pertenencia (una especie de insumos para la escuela), por lo que tratan de normar y regular sus comportamientos y el diseño de esas estéticas corporales, a partir de lo que asumen deben ser las conductas de los jóvenes "bien educados".

En lo explícito, una de las cuestiones que se ponen en juego es la disputa real y simbólica entre los jóvenes por la reafirmación en la construcción de sus adscripciones identitarias que se performativizan y se recrean en las instancias escolares con todo y sus emblemas culturales, como los tatuajes y las perforaciones. Esto choca y se contrapone a las concepciones dominantes de los mundos adultos en lo que hace a una sola posibilidad de ser jóvenes y cuerpos, la cual se concibe a partir de las estéticas hegemónicas de la modernidad, convencionales y sancionadas socialmente como "naturales" o "normales" (sin marcas, ni dibujos, ni alteraciones, es decir, lo pulcro y lo sano).

Tejido de relaciones intersubjetivas en las que también afloran los abismos intergeneracionales —en los que las experiencias, las vivencias, las normas y los valores de cuando esos adultos fueron jóvenes tratan de ser aplicados y endosados a los jóvenes actuales como si todavía tuviesen vigencia (Mead, 2002), cuando ya caducaron los sentidos y significados particulares que regían en otros tiempos y otros espacios socioculturales—, los mundos adultos tienden a ubicarse en el pasado.

Una parte de los profesores y autoridades escolares (directores de escuelas, por ejemplo) no está entendiendo ni comprendiendo lo que implican los espacios escolares para sus jóvenes alumnos en lo que atañe a la construcción y recreación de sus adscripciones identitarias juveniles y, tampoco, lo que están expresando los cuerpos alterados, decorados y con modificaciones extremas, visos de las tecnologías que están actuando en y con sus cuerpos.

No sólo van los alumnos a la escuela a adquirir determinado tipo de conocimientos, saberes y habilidades cognitivas que les posibiliten insertarse de una mejor manera tanto en los ámbitos laborales como en los espacios sociales, sino que, al estar ahí, van construyendo *una específica cultura estudiantil* a través de sus acciones sociales y manifestaciones culturales, con las que van recreando la edificación de las adscripciones identitarias juveniles que les corresponden.

Las escuelas son por lo regular espacios para socializar las situaciones que caracterizan la condición etaria, la de ser adolescentes o jóvenes.²¹ Se aprenden, de alguna manera, formas sociales de vincularse con los otros; se comparten preocupaciones acerca de aspectos que atañen a sus vidas, como lo relacionado con la sexualidad; el uso social de drogas quizás los acerca a nuevas experiencias de ser y estar en el mundo (juvenil); se rearticulan las violencias

²¹ A los adolescentes los consideramos como una edad biológica (de ahí que interesarían los cambios fisiológicos/corporales y las repercusiones en las conductas individuales) y a los jóvenes como una edad social (donde se apunta a las acciones sociales y expresiones culturales situadas en un tiempo y espacio históricos determinados).

sociales que probablemente padecen en sus ámbitos familiares y que tienden a reproducir, y hay expresión de sus incipientes noviazgos. Importan también sus relaciones de amistad, en tanto que los ámbitos educativos son uno de los espacios más significativos en relación con las afectividades vividas (y a veces padecidas) por los jóvenes.

En estas lógicas discursivas, el tatuaje y las perforaciones corporales ingresan en el registro de lo simbólico y en las posibilidades de ser cuerpos. A través de las iconografías se significa una multiplicidad de vivencias y situaciones que hay que anclar, tanto en la biografía particular de los jóvenes como en las vicisitudes de sus vidas sociales; una especie de trozos y fragmentos de vidas cotidianas o de galerías ambulantes que se escenifican en una diversidad de espacios tanto privados (la intimidad) como públicos (la escuela, la calle):

Me perforé por primera vez a los 18 [...], me la quité poco después porque no aguanté la presión y más tarde —cosa de un año aproximadamente— volví a hacérmela [...] la perforación es un medio en donde permitimos anclar una situación, ya sea importante o muy desagradable de nuestra vida y de cierta manera tenerla siempre presente; es tan válido este medio de expresión como una pintura, una escultura [...] cabe mencionar que hay quien lo hace únicamente por moda, lo cual también es válido [mujer joven, Durango, México].

Las iconografías y las modificaciones extremas, al inscribirse en los cuerpos de algunos jóvenes, marcan un tiempo social y un espacio definido que se anclan y articulan con sus imaginarios, las relaciones intersubjetivas que establecen y una necesidad de diferenciación e interpelación a determinadas normas y reglas en las que regularmente no son considerados o contemplados en sus definiciones o en su instauración; me refiero a las que regulan los vínculos entre los distintos sujetos sociales de las escuelas: las autoridades educativas y los alumnos.

Esas impresiones y dibujos en las pieles de los cuerpos juveniles, al conllevar trozos de las historias de vida de los sujetos, son indicios de que ahí hay una gramática y ejercicios de simbolización de todas aquellas situaciones sociales que al nivel del psiquismo ya no alcanzan o se les dificulta mucho elaborar. Por tanto, sus cuerpos funcionan o se agencian como uno de los pocos espacios socioculturales que les quedan como continentes o de contención ante lo que no se ha podido simbolizar desde otros lugares. Veamos lo que Liliana Vázquez (2005, p. 58) señala al respecto:

el cuerpo mismo porta al sujeto de la imagen, hastiado, aburrido, horrorizado, buscando marcas desde los lifting a los tatuajes como alguna suerte de inscripción que haga diferencia, que detenga el paso del tiempo en el caso de las cirugías o que instituya un signo indeleble que permita enmarcar algún orden temporal como en los tatuajes. Marcas que pretenden instituir en lo real del cuerpo una temporalidad lógica —un antes y un después— una suerte de simbolización, allí donde opera la fragmentación y la confusión.

A mi parecer, en esto radica el nudo de valor que implica alterar y decorar el cuerpo. Vale por lo que representa, a nivel de la conciencia (lo racional, lo que los jóvenes puedan decir al respecto); la autopercepción (la propia interpretación del acto de haberse tatuado o perforado —las subjetividades sociales—), y lo inconsciente (aquello que escapa a alguna explicación y entra en los terrenos de la represión, dirían los psicólogos clínicos).

Cuerpos como continentes sociales: los cortes "emocivos"

—¿Te has hecho cortes en el cuerpo? ¿Me dices lo que te llevó a cortarte?

—Pues las críticas que me decían en la escuela, hasta una vez me agarraron a golpes en un salón; como no había maestro, en mi casa me puse así a recordar todo

lo que me había pasado y dije, pues, "madres" que "ojetes" y también, por lo que empecé a sentir en ese momento, agarré mi navaja y me empecé a cortar donde cayeran, como fueran, por eso [...].

—¿Y por qué cortarte el cuerpo?

—Pero es que me llegó, porque me llegó este, como que sentía algo, o sea "ojete" que me dijeran cosas y que me madrearan y pues por eso, aparte pues sí pues, ya tenía tiempo con lo que me decían y me decían este "pinche", "pendejo", "hijo de puta", insultos.

Joven emo de 16 años, estudiante de prepa 7, UNAM²²

Las disputas reales y simbólicas por la representación de las adscripciones identitarias juveniles, la creación de las presencias (Díaz, 2002), su performatividad y las posibilidades de ser cuerpos también se están jugando con respecto al grupo de pares, es decir, en relación con las otras identidades juveniles, en lo que atañe al diseño y la construcción identificatoria, junto con determinadas fajas y estéticas corporales, incluyendo emblemas culturales como los tatuajes, las perforaciones y las modificaciones extremas (los cortes).

Esto ha llevado a la representación y puesta en escena en los escenarios públicos (las plazas de las ciudades, principalmente, y dentro de las escuelas) de las tensiones y los conflictos entre varios agrupamientos juveniles, como en el caso de la reciente confrontación (sobredimensionada por los medios de comunicación) entre el grupo de los emos y el de los antiemos.

Los lectores recordarán que fue el 9 de marzo de 2008 cuando se anunció y difundió en la mayoría de los diarios del país, en algunas estaciones de radio, en espacios televisivos (con sus infaltables especialistas), en páginas web y en videos por internet, una

²² Entrevista grupal realizada en la Glorieta de Insurgentes, México, D.F., miércoles 26 de marzo de 2008.

trifulca en que se golpeó a un grupo de emos que se encontraban en la plaza del centro de la ciudad de Querétaro, México.

Conforme pasaron los días y los meses, la cobertura mediática saturó lo sucedido y, por consiguiente, al hiperpresentar lo acontecido, invisibilizó otras situaciones más importantes y delicadas en torno a las vivencias de los jóvenes de nuestra sociedad como objetos de las violencias sociales. Pueden citarse como ejemplos el hecho de que "no se armó tanta alharaca" en relación con los jóvenes baleados a manos de policías por no detenerse en los retenes de seguridad en Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México, o los jóvenes asesinados a manos del ejército en Sonora por similares causas. Asimismo, se dijo poco a través de los medios acerca del asesinato de los jóvenes estudiantes (de la UNAM y del Instituto Politécnico Nacional) que se encontraban en actividades académicas en el campamento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (las FARC), en Ecuador.

Hay que recordar que los conflictos, las tensiones y los ejercicios de las violencias, entre y en el interior de las adscripciones identitarias juveniles, siempre han existido. En los años setenta, y especialmente en los ochenta, las confrontaciones entre los agrupamientos juveniles, además de que se daban mediante la palabra, la ofensa y el insulto, también llegaron al ejercicio de las violencias físicas, explicadas, entre otras consideraciones, como el despliegue de las estrategias de las masculinidades en la disputa por los territorios y una manera de vehicular el conflicto urbano y de la calle. El ejercicio de la violencia no es algo novedoso, pero ahora adquiere rasgos diferentes: el uso de las tecnologías de comunicación, las páginas web, los teléfonos celulares y los correos electrónicos, para convocar, instalar imágenes y llevar a cabo agresiones.

Tenemos evidencia empírica de que a algunos miembros del agrupamiento de los emos ya se les molestaba y agredía desde tiempo atrás (años incluso), justo en el interior de los establecimientos educativos (en secundarias y preparatorias), por sus cualidades identitarias como grupo de adolescentes jóvenes que se centra en

la disputa por la representación o la creación de las presencias, por la apropiación y reapropiación de los emblemas culturales en las construcciones identificatorias frente a las otras adscripciones o culturas juveniles consolidadas (darks, cholos, hip-hoperos, góticos).

Quizás lo que más ha molestado y activado el ejercicio de las violencias contra este agrupamiento sea el hecho de que sus miembros están llevando a cabo mezclas e hibridaciones que retoman determinados rasgos de otras adscripciones identitarias juveniles, como el color negro de sus vestimentas, recuperado de la escena "oscura"; los pantalones entallados, de mezclilla, y tenis, a la usanza de los rockeros, o características infantiles o de indefensión (en los umbrales de la niñez). Los emos, me parece, dan cuenta de varios estados de ánimo colectivos que se están viviendo en la sociedad: la fragilidad, las ambigüedades en las construcciones de ser y lo hiperhibridizado; es decir, las mezclas "excesivas" entre emblemas y accesorios culturales utilizados por una multidiversidad de adscripciones identitarias.

Asimismo, su autorrepresentación en la escena pública se ha dado principalmente a través de la expresión abierta de sus estados afectivos, al autodefinirse como "melancólicos y depresivos"; aunque esto no es algo exclusivo de la condición de ser emo, ya que la sobrecarga de las afectividades ha sido notoria en varios agrupamientos y escenas; recuérdese la construcción de sentido del agrupamiento de los punks respecto de las estéticas de lo negro, como una manifestación de su muerte simbólica, hasta no ver un horizonte posible y mejor en sus condiciones materiales y simbólicas de vida. O el mismo color negro reciclado por la escena oscura (darketos, góticos) que manifiesta su estar en el mundo como los muertos en vida, dado que para muchos de ellos tampoco habrá un futuro social.

Lo interesante de la autodefinition como "muy emotivos", y por ende con ciertas dosis de depresión o melancolía colectiva, es que quizás los emos están dando cuenta de los sufrimientos que implica el estar vivos, del "dolor social" que parecen padecer por los acontecimientos socioculturales que les está tocando vivir como generación y agrupamiento juvenil, y de que están siendo rebasa-

dos en su capacidad para afrontar y solventar estas situaciones en sus vidas cotidianas. Escuchemos este relato en extenso:

—¿Qué es lo que te llevó a cortarte el cuerpo?

—El corazón que tengo es porque una vez me molesté con mi novio y, pues, no sabía cómo desquitarme; solamente busqué la salida, más que nada, pues cuando me las hice pues sí sentí como alivio, no se siente ni dolor ni nada de esto... es por ti, pues igual por mi chavo y así.

—¿Qué es lo que dice? Creo que hay unas letras, ¿me dices?

—Dice "This one for you", que significa, esto es por ti... porque me hizo una jalada y como que no me gustó eso.

—¿Tu mismo chavo, el del corazón?

—Sí, el del corazón.

—Pero veo que el corazón está como cosido; a ver si me lo sigues describiendo.

—Pues como que ya vi, así como que ya había un poquito de comunicación, no sé si me haya mentido; no sé, pero en parte le creo, como que ya estaba roto, pero ya lo cosí, y la otra es porque me molesté... con mi mamá por lo mismo y sí duramos varios días; me deprimí y todo, y ya, la única salida que encontré fue esta y solamente así me pude aliviar o desahogar.

—¿Y por qué aliviarte o desahogarte cortándote una parte de tu cuerpo?

—Pues, la verdad, tal vez la depresión; en esos momentos uno no sabe lo que hace.

—¿Y con qué te lo hiciste?

—Con un cuchillo... Es como le digo: yo solamente sano así, es la única salida que tengo; solamente me siento aliviada así... no sé si lo vaya a volver a hacer; es que también soy un poco depresiva [joven mujer emo de 19 años, estudiante de carrera técnica].²³

²³ Entrevista grupal realizada en la Glorieta de Insurgentes, México, D.F., 26 de marzo de 2008.

Este testimonio, además de que es contundente y fuerte, da muestra de que ante la imposibilidad de elaborar o simbolizar todas esas situaciones y vivencias que están marcando sus vidas cotidianas en diferentes espacios, sea el familiar o el escolar, los jóvenes recurren a una acción extrema y se cortan los cuerpos con filos, metales, cuchillos, navajas y vidrios, haciéndose inscripciones e imágenes, por lo general en brazos, pecho y espalda.

Lo que se están inscribiendo o marcando en sus cuerpos son letras, frases e iconografías en un estilo que podría caracterizarse como "primitivo" en lo real y lo simbólico. En lo real, por los instrumentos que utilizan y por las figuras mismas, y en lo simbólico, por la carencia o falta de otros recursos a nivel de elaboración o simbolización: "Simbolizar significa [...] poner en otro registro, introducir a un lenguaje más evolucionado que indica mayor nivel de abstracción [...]" (Schenquerman, 1981, p. 77).

Esto nos permite afirmar que hay ante todo una dificultad o debilidad en las formas discursivas de estos jóvenes; es decir, quizás una precariedad en los intercambios del discurso y un poner en palabras y en el lenguaje aquellas vicisitudes en las cuales se encuentran y viven.

Estas inscripciones en los cuerpos "emotivos" tienen, paradójicamente, una gramática, es decir, un valor de letra que quizás está supliendo justamente las carencias o la deficiencia de lo simbólico: "Aún en psicoanálisis conservamos la noción de que algo es simbólico si puede reunirse con otra cosa" (*idem*).

Los psicólogos clínicos y los psicoanalistas sitúan esta falta de elaboración y simbolización en el nivel de lo individual, en lo intrapsíquico de los sujetos sociales, por lo que son necesarios varios conectivos como rearticuladores en sus contextos culturales y vidas cotidianas. En todo caso, el déficit de estos jóvenes tendría que reflexionarse en varios sentidos y más allá de lo individual, por ejemplo en las ausencias de las mediaciones en las tensiones y los conflictos que tendrían que estar realizando instituciones del Estado como la familia, la Iglesia, la escuela misma y los medios masivos de comunicación.

En esa gramática pulsional de cortarse los cuerpos pareciera que la urgencia de los jóvenes es hacerse ver, visibilizarse dramáticamente, donde los cuerpos quizá son la última trinchera, antes de sucumbir, por lo que: "Las incisiones o cortes que pueden tener valor de mutilación [...], al hacer agujeros en la piel y constituir el trazado de formas, pueden operar como función de letra, lo cual instala un borde en la fijación de un escrito en la superficie del cuerpo" (Garland, 2005, pp. 63-64).

Si la sociedad, en abstracto, y las instituciones, en concreto, se están diluyendo y borrando, los sujetos sociales, las adscripciones identitarias performativas y los cuerpos marcados simplemente serían un indicador de que el descontento y el malestar social siguen y seguirán desbordándose.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Teresa, *Ontología Cyborg. El cuerpo en la nueva sociedad tecnológica*, Barcelona, Gedisa, 2008.
- Arciga, Salvador y Octavio Nateras, "El dolor social", en *Revista Internacional de Psicología Social*, núm. 1, vol. 1, México, julio-diciembre de 2002, pp. 83-91.
- Butler, Judith, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, México, Paidós, 2002.
- Cullen, Carlos, "El cuerpo, ese nudo comunicacional en busca de un sujeto (En torno a las relaciones del cuerpo con la cultura)", en *El Cuerpo, Malestar de la Cultura. Revista Argentina de Psicología*, núm. 41, Buenos Aires, Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, 1991, pp. 59-67.
- Díaz, Rodrigo, "La creación de la presencia. Simbolismo y performance en grupos juveniles", en Alfredo Nateras (coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*, México, UAM Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa, 2002, pp. 19-41.
- Feixa, Carles, *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, México, Causa Joven/SEP/Centro de Investigación y Estudios de Juventud, 1998.

- Furlán, Alfredo *et al.* (coords.), *Miradas diversas sobre la disciplina y la violencia en centros escolares*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/Secretaría de Educación de Jalisco/Centro Universitario de Ciencias de la Salud, 2004.
- Garland, María Cristina, "Acerca del tatuaje", en Alicia Donghi *et al.*, *Cuerpo y subjetividad. Variantes e invariantes clínicas*, Buenos Aires, Letra Viva, 2005, pp. 61-65.
- Haraway, Donna, *Simians, Cyborgs, and Women. The Reinvention of Nature*, Nueva York, Routledge, 1991.
- Instituto Mexicano de la Juventud/Secretaría de Educación Pública, *Jóvenes Mexicanos del Siglo XXI. Encuesta Nacional de Juventud 2000*, México, 2002.
- , *Jóvenes Mexicanos. Encuesta Nacional de Juventud 2005*, México, 2006.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Encuesta sobre Violencia Intrafamiliar*, México, 1999.
- Laplanche, Jean y Bertran Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1971.
- Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama, 1986, pp. 5-15 y 173-200.
- Loeza, Laura, *Organizaciones civiles. Identidades de una élite dirigente*, México, UNAM, 2008.
- Matoso, Elina, *El cuerpo, territorio escénico*, Buenos Aires, Letra Viva/Instituto de la Máscara, 2004.
- Mead, Margaret, *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*, Barcelona, Gedisa, 2002.
- Mora, Martín (ed.), *Entre escotomas y fosfenos. Observatorio mexicano de tecnociencia y ciberculturas*, Barcelona, UOC, 2007.
- Nateras, Alfredo, *Artistas de la piel y decoración corporal en jóvenes*, México, Ríos de Tinta, 2007.
- Ordorika, Imanol, "Violencia y 'porrismo' en la educación superior en México", en Guadalupe Tereshina y Gabriela González (coords.), *Anuario educativo mexicano. Visión retrospectiva*, México, Cámara de Diputados, LX Legislatura/Universidad Pedagógica Nacional/Miguel Ángel Porrúa, 2008, pp. 459-475.

- Schenquerman, Carlos, "Retorno al cuerpo e interpretación simbolizante", en *Revista de Trabajo del Psicoanálisis*, núm. 1, vol. 1, México, 1981.
- Secretaría de Salud del Distrito Federal, *Informe Nacional sobre Violencia y Salud*, México, 2006, p. 5.
- Spano, Estela, "¿Qué es un cuerpo? Algunas diferencias entre psicoanálisis y medicina", en Alicia Donghi *et al.*, *Cuerpo y subjetividad. Variantes e invariantes clínicas*, Buenos Aires, Letra Viva, 2005, pp. 47-52.
- Subsecretaría de Educación Media Superior, Secretaría de Educación Pública, *Primera Encuesta Nacional. Exclusión, Intolerancia y Violencia en Escuelas Públicas de Educación Media Superior*, México, 21 de abril de 2008.
- Valenzuela, José Manuel *et al.* (coords.), *Las maras. Identidades juveniles al límite*, México, UAM Iztapalapa/El Colegio de la Frontera Norte/Juan Pablos, 2007.
- Vázquez, Liliana, "Violencias y cuerpos. Algunas marcas de hoy", en Alicia Donghi *et al.*, *Cuerpo y subjetividad. Variantes e invariantes clínicas*, Buenos Aires, Letra Viva, 2005, pp. 55-60.
- Velázquez, Luz María, "'Entre mejor era mi promedio, más era el rechazo de mis compañeras': sobre la violencia entre compañeros en la escuela", en Alfredo Furlán *et al.* (coords.), *Miradas diversas sobre la disciplina y la violencia en centros escolares*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/Secretaría de Educación de Jalisco/Centro Universitario de Ciencias de la Salud, 2004, pp. 55-68.